

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXV

Julio de 1948

Núm. 277

Puntos de vista

Nuevos horizontes

EN muchas ocasiones en que se ha tratado el problema editorial, escritores pertenecientes a ese brillante grupo que surgió junto con las primeras luces de este siglo, al referirse a las dificultades que se les presentaban para publicar sus libros, recuerdan que ellas eran realmente insubsanables. Casi todos ellos, para poder publicar sus primeros libros, debieron hacer sacrificios que superan a toda ponderación. Y el motivo no es difícil de explicar. Eran tiempos en que nadie se interesaba por leer libros chilenos. Para el público lector, mejor dicho, el escritor chileno no existía. Exceptuando uno que otro caso muy señalado los libros que publicaban esos hombres esforzados, que llevaban dentro del pecho un corazón de artista a prueba de todo desencanto, se quedaban en las librerías cubriéndose de polvo, patinados por una etapa de indiferencia absoluta.

Lastarria no se imaginó todo el tiempo que pasaría, antes de que los chilenos comenzaran a interesarse por la producción literaria inspirada en motivos autóctonos, como él la deseaba con gran clarividencia. A su juicio era la única manera de darle una fisonomía propia y un carácter de auténtica expresión de lo que es la gente de un país. Describió las costumbres de sus habitantes y todo lo que tiene de típico, en el relieve de un arte que debía buscar por este camino un valor universal. Ediciones de no más de quinientos ejemplares, allá por los años de 1910 y 1920, se de-

moraban dos o tres años en venderse. Esta cifra puede dar una idea exacta de cómo apreciaba el lector de ese tiempo, la producción literaria de Chile.

En realidad era ignorada. La gente se embecía en la lectura de folletines. Pérez Escrich, Luis de Val, Xavier de Montepin, Carolina Invernizzio, Carlota Braeme, Pierre Decourcelle, Emilio Richebourg, llenaban los estantes de la gente aficionada a leer novelas. Las casas editoras de Madrid y Barcelona inundaban toda la América española con esta clase de literatura. En los colegios los chiquillos que leían a escondidas, lloraban a sollozos, con «La Pastora del Guadiela» o con «Rina el Angel de los Alpes».

Esto demuestra que existía interés por leer. La juventud femenina no leía delante de sus mayores. Y sólo lo hacía evadiéndose de la vigilancia de ellos. Las que fueron niñas a comienzos de este siglo, recordarán más de algún castigo, por habersele sorprendido en la lectura de algún libro que se estimaba licencioso, aunque fuera tan inocente como «Genoveva de Brabante», o «Los doce Pares de Francia».

El amor por la lectura se cultiva como cualquiera otra afición espiritual, y si ella no es estimulada, la gente concluye por dejarla de lado y adoptar la más absoluta indiferencia ante las páginas de un libro. Esos escritores chilenos de 1900, se encontraron con esa situación. Si los editores no tenían a quién venderle sus libros, ¿con qué objeto los iban a publicar? Por este motivo se quedaron muchos autores inéditos, que jamás tuvieron la suerte de ver publicado lo que su inspiración les dictó. Podemos citar entre los casos que recordamos, a René Brickles, y a Martín Escobar, que vivió soñando con la publicación de sus cuentos, ambición que tal vez nunca abandonó en medio de su bohemia trashumante.

Allá por el año 1925, un libro de autor chileno, editado en mil ejemplares, aunque tuviera un éxito de crítica, se demoraba dos o tres años en venderse. Tremenda realidad que explica la actitud de los editores de ese tiempo. Era un negocio que no podía tentar a nadie.

Afortunadamente las cosas han ido cambiando en los últimos veinte años. Y esto se debe en gran parte a la iniciativa de algunos profesores que desempeñaban funciones administrativas en el Ministerio de Educación. Estos hombres, demostrando interés por la cultura, comprensión y sensibilidad social, lucharon porque se incluyera en el programa de las clases de castellano, la lectura de obras de autores chilenos. El niño, arcilla blanda, comenzó a sentir curiosidad, y cariño después, por aquellos relatos que le hablaban de su tierra, de las cosas que él conocía. Y comenzó a estimar y a valorizar esta literatura. Esos niños que ahora tienen veinticinco años, son los mejores compradores de libros chilenos. Prueba irrefutable de lo que decimos, es el hecho concreto de que en la actualidad son muchos los autores chilenos cuyos libros se publican en ediciones de tres y cinco mil ejemplares, que se venden en el plazo de un año.

Pero existe aún otro escollo en la difusión del libro de autor nacional. Es la resistencia que opone el librero a pedirlo; y si se resuelve a hacerlo, lo deja rezagado en cualquier rincón de su librería. En cambio sus ventanas están atestadas de libros editados en el exterior, en su mayor parte literatura policial y de aventuras, que en buenas cuentas no aportan ninguna cultura al lector.

Lentamente, no obstante lo dicho, se abren nuevos horizontes a las posibilidades del arte literario en nuestro país. Son muchos los autores noveles que tienen un libro por publicar en su carpeta, para quienes la cuestión editorial sigue siendo un problema sin solución. Pero es indudable que se inician tiempos que superarán en definitiva, la indiferencia y el desconocimiento, que hasta hace poco tiempo existía con respecto a la producción literaria nacional. Un apoyo efectivo fué la creación de un ítem en el presupuesto del Ministerio de Educación, destinado a proteger a los autores que tenían un primer libro por publicar. Desgraciadamente ese ítem fué suprimido por economías. Consideramos que esa medida constituyó un profundo error. Porque un país necesita

cultura para expresar su pensamiento y hacer oír las voces más puras de su espíritu.

Pero hay un hecho claro, preciso, que evidencia una verdad rotunda. Los niños de hoy se interesan en alto grado por lo que escriben los autores nacionales. Ello, que serán los hombres de mañana, en el magisterio, en el Gobierno y en las clases dirigentes de la vida chilena, pondrán fin a esta etapa de penuria que vive hoy el escritor, abriéndole con más generoso concepto nuevos horizontes a su esfuerzo y a sus merecimientos.